

Icaro llega a Wall Street

Por **Guillermo Oliveto**

Para **LA NACION**

Noticias de [Opinión](#): anterior | siguiente

Miércoles 15 de octubre de 2008 | **Publicado en edición impresa**

Dédalo era el mejor arquitecto de la época. El rey Minos le encargó construir un lugar donde esconder a esa horrible criatura que torturaba su existencia. Era el amargo fruto de un vínculo no deseado entre un toro de mar y su amada, la reina, Pasífae. El Minotauro sería encarcelado allí para siempre, junto con los que erigieron el lugar. Si no quedaba nadie que conociera su diseño, esa prisión sería invulnerable para toda la eternidad.

Sin embargo, la creatividad de Dédalo pudo más que la obsesión del rey. Logró escapar de la cárcel; pero no tenía manera de abandonar la isla en la que estaba. El poder de Minos controlaba tierra y mar. Fue entonces cuando imaginó algo impensado, improbable: volar.

Construyó alas para él y para su hijo Icaro. Juntó plumas enlazando las más grandes con hilo y las más pequeñas con cera. Las colocó sobre sus espaldas y también sobre las de su hijo. Ambos lograron escapar y sobrevivir al designio del rey. Pero el joven Icaro no pudo con la tentación. Y quiso ir más allá, mucho más allá. No le resultó suficiente escapar de una muerte segura. No había límites para él. Lo único importante era llegar más alto. Desatendiendo los sabios consejos de su padre ¿debía volar a una altura intermedia, ni muy bajo porque el mar mojaría sus alas, ni muy alto porque no resistirían el calor al acercarse al Sol?, voló incansablemente hasta el objetivo máximo que cualquiera podría proponerse. El punto culminante. La altura jamás alcanzada. La cima de todas las cimas. Icaro quiso llegar al paraíso. Su ambición lo cegó, haciéndole olvidar que sus alas estaban atadas con hilos de cera, y que el calor del Sol en la altura suprema las transformaría en un vacío incapaz de sostenerlo. Cayó al mar y murió.

Parecería que los griegos, que todo lo sabían, hubieran previsto más de 2500 años atrás lo que podría suceder con la humanidad.

Resulta difícil salirse de la escena para tomar algo de perspectiva y reflexionar con mayor claridad. A los golpes estamos verificando que todos formamos parte de ella. En este nuevo mundo interconectado que tanto festejamos ya no hay dónde esconderse ni dónde escapar. Comenzamos a darnos cuenta de que vivimos la era del "riesgo planeta". Toda moneda tiene dos caras.

Aun así, cabe el ejercicio. ¿Por qué? Porque siempre es bueno mirar más allá. Especialmente cuando el "más acá" se ha vuelto intratable. La coyuntura es fango. La estructura nos da, al menos, la posibilidad de explorar lo que se esconde detrás de lo visible.

Mi primera reflexión se vincula con la creciente tensión que, a partir del exponencial desarrollo de la tecnología, se da entre lo real y lo virtual. Viene a mi memoria la visita de un analista europeo que llegó a nuestro país para analizar la gravedad de la crisis en los primeros meses del año 2002. Cuando se iba, los periodistas le pidieron su opinión. Dijo: "La Argentina no existe más". Recuerdo que mi primera reacción casi instintiva fue salir a la calle. Y me tranquilicé. A pesar de la convulsión y el ataque de pánico, la Argentina seguía existiendo. Ahí estaban la gente, los edificios, los autos, los comercios, las familias. Uno podía tocarlos. Existían.

El martes 16 de septiembre, tras la caída de Lehman Brothers el día anterior, The Wall Street Journal tituló: "Estamos felices de informar que el mundo no se acabó ayer. Aunque ayer era difícil decirlo". Aunque para quienes se acostumbraron a vivir en la ilusión de lo virtual, su desaparición se asemeje a la nada, el mundo sigue teniendo, afortunadamente, un alto componente de "real". Es mucho más que una pantalla de computadora. La vida humana podrá medirse cada vez más a través de lo virtual, pero sigue siendo real, se trata de personas. El mundo existe, y seguirá existiendo. La primera lección que nos deja este cimbronazo es que, cuando lo virtual se aleja demasiado de lo real, en algún punto pierde sustentación, y cae. Cada burbuja que explota nos lo recuerda. Ya lo vimos con las puntocom, pero la memoria es frágil cuando la tentación es grande.

En segundo lugar urge preguntarnos: ¿por qué no lo vimos? ¿Cómo no se pudo prever semejante cosa? Si bien algunos economistas críticos como Paul Krugman —ahora premiado con el Nobel de Economía— o el financista George Soros venían advirtiendo sobre una fiesta que alguien terminaría pagando, la velocidad con que los mercados han destruido valor en el último mes demuestra que la gran mayoría de sus operadores estaban dispuestos a disfrutar del buen momento hasta el último instante. En retrospectiva, bailaban en la cubierta del Titanic.

Quizá la mejor explicación se encuentre en la teoría que hace furor por estos días: la del "cisne negro": siempre se creyó que todos los cisnes eran blancos simplemente porque nunca se había visto uno de otro color, hasta que, tras el descubrimiento de Australia, se vio uno negro por primera vez. Su autor es un matemático y a la vez explorador de las conductas humanas: Nassim Nicholas Taleb. Su tesis señala que nuestra mente está diseñada para ver "en manada". Vemos lo que todos ven, nos acostumbramos a convivir con lo "normal", despreciamos lo muy improbable, lo "extra-ordinario", justamente por serlo. Acumulamos pruebas que sólo ratifican lo que ya pensamos. Y creemos saber mucho más de lo que efectivamente sabemos. Tendemos a ver la vida como una sucesión lineal de hechos que resultan predecibles, cuando, en realidad, "la historia no gatea, da saltos". Segunda lección: "Lo sorprendente no es la magnitud de nuestros errores de predicción, sino la falta de conciencia que tenemos de ellos". Debemos incorporar a nuestros procesos mentales la dinámica de lo "improbable", hasta la de lo "imposible", dado que es en esas instancias cuando realmente las cosas cambian. Baja probabilidad, alto impacto.

El tercer aspecto por considerar es la relación entre la gente y el sistema. Naturalmente, todos queremos vivir mejor. Y nadie pregunta demasiado quién pagará la fiesta, mientras disfrutamos de ella. "Don't stop me now", cantaba Queen. El ahorro de una familia tipo en los Estados Unidos era del 8% a principios de los años 90. En 2006 ya era cero. Hoy deben más de lo que ganan por mes. El reloj dio las doce y la carroza se transformó en calabaza.

Irma, una salvadoreña que había recibido un préstamo de 350.000 dólares y que compró una casa de cinco dormitorios, la perdió en 2007, cuando ya no pudo pagar la hipoteca. Declaró a Business Week: "No confío más en el sistema. A partir de ahora voy a pagar todo al contado". ¿Qué puede esperarse del sistema, cuando en la principal potencia económica del mundo, sus ciudadanos comunes dejan de confiar en él? Tercera lección: evidentemente, el sistema no era tan perfecto como se suponía. Todo sistema, todo modelo, es, ante todo, eso: un sistema, un modelo. Fue pensado y diseñado por seres humanos, aunque a veces lo olvidemos, asignándole una especie de etérea vida propia. Por esa razón, todo modelo, dado que no es más que un pensamiento humano, es falible, imperfecto por naturaleza, sujeto a modificaciones del contexto y expuesto a su propia dinámica. Defenderlos dogmáticamente, sin prestar atención a la evolución de las circunstancias, puede resultar necio y suicida. Así como estaba concebido, este sistema, que fue exitoso durante algunos años, llegó a un punto extremo donde ha fallado.

Su principal lubricante, la confianza, no sólo se ha perdido ahora entre los bancos y los inversores expertos, sino que ha calado hasta lo más profundo de la sociedad. Luego del necesario baño de humildad, habrá que volver a diseñarlo. Y ésa es la tarea que hoy desvela a quienes tienen la responsabilidad de gestionar el mundo.

Nos conduce esto a la cuarta reflexión. Muchos se preguntan si estamos viendo el fin del capitalismo. Creo fervientemente que no. Lo que sí estamos viendo es el fin de su versión más extrema. Aquella en la que, como en esas películas de ciencia ficción, las máquinas creadas por el hombre cobran vida propia y se vuelven en su contra. Para todos aquellos que imaginan un futuro dominado por la tecnología, donde el ser humano sea un actor pasivo, bien viene este baño de realismo. ¿Qué mundo sería ése?

El filósofo francés André Comte Sponville publicó, en 2004, probablemente el libro que hoy todos deberían leer o releer: *El Capitalismo ¿es moral?*. A la luz de los hechos recientes, asoma como "la pregunta". ¿Y cuál es su respuesta? "No es la moral la que determina los precios, sino la ley de la oferta y la demanda. No es la virtud la que crea el valor, sino el trabajo. No es el deber el que gobierna la economía, sino el mercado. El capitalismo no es moral, pero tampoco es inmoral: es

amoral. [?] El capitalismo es un sistema económico que sirve para producir, mediante la riqueza, más riqueza. [?] Si pretendemos que haya una moral en una sociedad capitalista, sólo puede venir de otro lado distinto a la economía." ¿De dónde? Naturalmente de los únicos capaces de tener una moral: los seres humanos. Sólo ellos pueden acordar qué está bien y qué está mal para sostener su vida en sociedad. Esta no es una capacidad que tengan las máquinas ni los sistemas.

Por último, ¿cómo saldremos de aquí? En principio fortalecidos. Tras los primeros fallidos intentos de esconderse tras las propias fronteras, los países y los gobiernos han comprendido que ese ser etéreo llamado mercado, que por ser tan global tantos beneficios globales ha entregado en los últimos años, ahora espera respuestas globales. El G-7, el G-13, el G-20. Todos a la misma mesa, para ocuparse de algo que a todos atañe. Es probable que esta escena se vuelva cada vez más frecuente. Los distintos "riesgos planeta" ¿no nos olvidemos del climático, muy vinculado con el mismo ciclo económico expansivo que acaba de estallar? exigen "soluciones planeta". Los hombres con su moral y sus decisiones están finalmente interviniendo, y fuerte, para volver a tomar el control del sistema.

¿Cuál es la luz al final del túnel? Quizá los griegos tengan nuevamente la respuesta.

Para Aristóteles la felicidad del hombre, que era un fin deseable y alcanzable, podía hallarse "encontrando un camino medio entre la desmesura y la insuficiencia".

En términos económicos las miradas vuelven a posarse en el ejemplo de los países nórdicos. Allí, desde hace décadas, se aplica con sintonía fina un delicado modelo capitalista de equilibrio entre el mercado y la intervención del Estado. Un "capitalismo social" o que bien podría llamarse un "capitalismo humano". Sus sociedades se encuentran entre las más felices del mundo y muchas de sus empresas son exitosas en el nivel global.

En términos mitológicos, a la humanidad toda, y pensando en el mundo que viene, bien nos cabría recordar el consejo que Dédalo le dio a su hijo Icaro: si pretendía vivir, era tan peligroso volar demasiado bajo como dejarse embriagar al punto de la ceguera por la tentadora seducción de las alturas.